

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 10 de Marzo de 1898

Núm. 581



— ¡ No, hijo, no tengo el corazón para que piquen en él los moscones !



Cartas á mi prima

Querida Pepa : No es cierto que se hayan perdido tus dos cartas ; podría excusar mi pereza hablando de las malas artes de Correos, como hacen muchos de los que debiendo escribir, no escriben (verdad es que en el Ramo pagan en la misma moneda cuando se les va con reclamaciones); pero yo soy enemigo de mentiras, sobre que calculo que la época presente no se presta á enredos, y que el más leve tropezón puede hacernos caer de bruces. ¡ Sólo á *El*, á Sagasta se le perdona el que se meta estos días en líos electorales, con lo cual tengo para mí que tienta al demonio ! El ya sé que no tiene miedo ; los que le rodean sí.

Bueno ; dejemos ahora la política, que es cosa dejada también de la mano de Dios, y conste que recibí las tuyas, y que no contesté á ellas, por habésete ocurrido pedirme consejo. Muchacho reflexivo, si lo soy; pero ya sabes aquel proverbio árabe que reza : « no tomes *aviso* sino del anciano y aun así después de meditarlo ». Con ello se prueba que es inútil aconsejar á nadie, porque sólo se toma de la advertencia la parte más conforme con nuestra inclinación y el deseo que nos embarga el espíritu. Añade que yo no tengo nada de anciano, ni ese es el camino, porque no pienso llegar á serlo en todos los días de mi vida, y comprenderás que, habiéndote ocurrido colocarme á la altura de los sabios, como los sabios callan, no haya dicho yo esta boca es mía.

La última me ha convencido, no porque á la tercera va la vencida, sinó porque amenazas con plantarte en esta capital. Advierte que el disparate sería mayúsculo. Por lo menos espera á que se abra la Feria-concurso que prepara nuestro ínclito Alcalde ; porque sin eso ¿ qué vas á hacer entre nosotros si no aburrirte ?

Gusto tendré en verte si vienes ; eres la prima más guapa de la familia y la más despierta, y estás en tus treinta y ocho, que es la edad que más me enamora en la mujer ; me comprometo á servirte y aun á hospedarte en mi casa ; pero ¿ cómo me las arreglaré para evitar que te arrepientas de haber hecho el viaje ? ¿ Donde te lle-

varé ? ¿ A la plaza de toros ? El espectáculo nacional no tiene aquí la animación que te ha cautivado en las plazas de Andalucía, ni aun en las de la provincia de Murcia. ¿ A la biblioteca Arús ? La amabilidad de los *dependientes* te echa antes de haber recibido el

libro que aguardas, si es que te ayuda la paciencia á esperar. ¿A los teatros? ¿A los paseos? Te juro que no vale la pena de que abandones las comodidades de tu hermosísima casa de campo, en el villorrio donde vejetas. Allí, el lugar es tranquilo y parece olvidado en la inmensidad de la Naturaleza; pero para un espíritu agudo, como el de tu sér, el encanto de vivir se renueva constantemente.

Entre nosotros nó; la lucha con los hombres hace odiosa, á veces, la vida.

* * *

¿Y tú quieres venir á eso, á luchar, según me indicas? ¿En qué campo te figuras que pudiera darse la batalla? ¿Contra qué enemigos, *ni nobles ni discretos*, ibas á revolverte?

No, Pepa; aquí los gigantes, que los hay, no bajan á la arena, sino que se están muy encastillados en el alcázar de su fama, y los que se revuelven en el arroyo, tan plebeyos y menudos son, que hay que mirarlos de reajo para que no te cojan al vuelo la cortesía y se te monten en las narices. ¡Luchar! No te sería posible como no la emprendieses á puñetazos, que es maniobra que no se aviene con el ingenio culto y con el alma viril y grande.

¿No es cierto que te forjas la imagen de la tierra prometida, pensando en esta ciudad; que has creído que aquí el buen gusto triunfa? No es que estés del todo sumida en error; aquí hay un pueblo preparado para todas las manifestaciones de la cultura, es indudable, y te lo demostraré en cartassucesivas; pero esa preparación está en el público, en la masa inconsciente y no en los que pudieran y tendrían que encaminarla, que esos no poseen espíritu docto ni otro espíritu que no sea el de los pedantuelos ruines.

Así, pues, desiste de tu propósito. Los medios con que cuentas para imponerte son los que menos convienen á tu ambición; la idea es noble, pero yo no la aplaudo, porque veo en perspectiva el sacrificio, y no la puedo aplaudir, porque ya sabes cuanto te adoro.

Conténtate, prima, por ahora con la tranquilidad que proporciona á tu ánimo el terruño, á lo menos hasta que yo te haya demostrado que tu empresa es más descabellada que la que enloqueció á D. Quijote.

Tu primo que te quiere

CLAK.



¿Por qué nos mirarán así esos?



En los claustros de la Catedral

Entre maridos

— Créanme ustedes, señores — declaró con su pedantesca solemnidad el ingeniero Barbajillo. — A la mujer no se la domina más que por medio de esos sentimientos combinados y que deben marchar, por decirlo así, paralelamente: el amor y el terror. Infundir á la mujer, criatura moralmente endeble, pecaminosa y sin reflexión, un cariño conyugal suficiente y al mismo tiempo un respeto temeroso... he ahí el secreto único de asegurarnos su fidelidad.

— ¡ Hombre!... no veo eso muy claro — observó el abogado Collantes — ni claro ni lógico; porque si la mujer propia nos quiere, no hay necesidad de amedrentarla, de inspirarla ese temor que usted dice: donde hay amor, huelga el miedo, y creo que lo primero constituye siempre más sólida garantía de fidelidad que lo segundo.

— A donde no llega lo uno llega lo otro, señor mío — dijo severamente el ingeniero. — Dos precauciones valen siempre más que una.

— Esto es verdad... — opinó el médico Llerena — por asegurarse uno, nada pierde...

— Indudablemente — afirmó Fernández, el banquero. — Sin contar que de uno de esos dos elementos de seguridad que dice el amigo Barbajillo, no se está nunca seguro.

— ¿ De cuál? — preguntó el coronel Avellano.

— Pues del amor; ¿ quién puede estar nunca convencido de la ternura de su esposa?

— ¡ Alto! — pronunció con su peculiar severidad el ingeniero. — Usted saca de mis argumentos, que son irrefutables, consecuencias falsas, que no acepto.

— ¿ Por qué?

— Porque un marido debe siempre saber á qué atenerse respecto del cariño de su cónyuge; y si no lo sabe, es un imbécil.

— Amigo, muchas veces cree uno en cosas que no existen. ¡ Pues no es poco difícil leer en el alma de una mujer!

— Para un psicólogo no es nada difícil, y un marido ha de ser eminentemente psicólogo.

— ¡ Bah! — exclamó el excéptico banquero — ¿ y quién es el que puede alabarse jamás de poseer esa psicología?... Hay hombre que se figura conocer profundamente el corazón humano y no ve, sin embargo, más allá de sus narices; que tiene hace diez años á su lado á una mujer, á una esposa, y no sabe verdaderamente, por más que crea él saberlo, lo que piensa, lo que siente esa criatura.

— Esto que usted dice, Fernández, no tiene sentido común — dijo colérico Barbajillo. — A menos que se trate de un zoquete, de un estúpido, un marido conoce hasta el último repliegue del alma de su compañera.

— Eso sí que no tiene sentido común — replicó el banquero, encogiéndose de hombros. — ¡ Conocer el último repliegue!... ¡ vaya!... que me hará usted reír...

— Pues no hay de qué reirse... — dijo cada vez más sulfurado el ingeniero-psicólogo. — Digo y sostengo que...



Echando las cartas

— Señores, no desviar el tema — intervino el abogado, queriendo meter paz entre los dos *peñistas*, que concluían siempre en sus discusiones por disputar ágricamente. — Volvamos á lo que decía Barbajillo, acerca del amor y del terror mancomunados y *paralelizados*. Eso necesita una explicación, pues si comprendo muy bien una cosa, no me explico bien la otra. Comprendo sin necesidad de más detalles que usted inspire amor á su esposa, como todos los aquí reunidos creemos inspirarlo á nuestras respectivas consortes; pero eso... eso del terror, ¿cómo lo entiende usted, Barbajillo?

— Muy sencillamente — contestó éste, recobrando su aplomo y su tono dogmático. — Entiendo yo que todo esposo prudente, precavido, además de reinar como amante en el corazón de su esposa, debe gobernar en su espíritu como dueño y como dueño severísimo, inflexible, que en caso de transgresión á las leyes conyugales, procedería con terrible energía, con implacable rigor. Y esta persuasión es la que debe arraigar por manera luminosísima en el ánimo de su mujer, hasta tal punto, que ésta no pueda pensar sin estremecimiento de todo su sér, en las tremendas consecuencias que inevitablemente entrañaría un desliz culpable.

— ¿Y usted aplica ese método? — interrogó irónicamente Fernández.

— Sí, señor, — repuso con toda solemnidad el ingeniero. — Lo aplico y desde el primer mes de casado. He querido que Patrocinio viese constantemente en mí al compañero de su vida y al juez dispuesto á observar, inquirir, fallar y castigar, si preciso fuera.

— De modo que... le ha metido usted el miedo dentro del cuerpo, vamos al decir... — dijo con marcada sorna el banquero.

— El miedo guarda la viña... — exclamó riendo el abogado. — No me parecería mal sistema ese, si... en muchos espíritus femeninos el miedo fuese un incentivo para pecar, en vez de una valla moral para retener.

— Esto es paradoja pura... — afirmó desdeñosamente Barbajillo.

— No es paradoja; es una observación hija de esa misma psicología que usted invocaba hace un momento. El miedo, no olvide usted eso, compañero, produce, indefectiblemente, un efecto en quien lo siente, y de una aversión profunda, pero disimulada contra quien lo inspira. La mujer que siente miedo ante su marido, experimenta necesariamente el impulso de vengarse y... ya sabe usted que la mujer tiene siempre la venganza á mano.

— Sin contar que la infidelidad ha de parecer mucho más sabrosa para la esposa adúltera, cuando tiene un marido empeñado en sugerirle terror.

— ¡Qué manera de divagar!... ¡Parece imposible! — dijo el ingeniero, haciendo un esfuerzo para reprimir el coraje que de nuevo le subía á la cabeza.

Y temiendo no poderlo conseguir, se marchó y llegó una hora antes de lo acostumbrado á su casa. Abrió la puerta con el llavín que llevaba siempre en su bolsillo, sin hacer ruido, oyó cuchicheos discretos allí, en la alcoba conyugal, empujó una puerta, quedó petrificado, sonó un grito de espanto y...

Pero como se trata de una escena de la vida privada, prefiero no dar más explicaciones.

JUAN BUSCÓN.



¡Que lástima!

— ¿Duermes papá?
 — Dormía, sí, y soñaba y me has despertado á lo mejor.
 — ¿Tan agradable era el sueño?
 — Magnífico.
 — ¡Cuánto siento haberte despertado! perdona... y cuéntame como eran todas esas imágenes risueñas y dulces, que alegraban tu espíritu.

pusimos un toldo, y montando toda la familia, nos fuimos á correr mundo.

— ¡Es chistoso! Llamáramos la atención y se reirían de nosotros.

— ¡Sí, reir! Ya verás. Entrábamos en una población, nos anunciábamos como profesores de ciclismo, y al momento venía á aprender lo más selecto; vendíamos á buen precio



— Soñaba que nos había tocado el premio gordo de la lotería de Navidad.

— ¡Buen principio!

— Ya ves, ¡tres millones de pesetas! Llevábamos todo el billete; pero no puedes imaginarte en qué invertimos tanto capital.

— Se supone... compraríamos casas... haciendas...

— ¡Quiá, hombre! nada de eso. Alquilamos un almacén muy grande y gastamos todo el dinero en bicicletas.

— ¡Qué barbaridad! ¿para qué tantas?...

— No tanta barbaridad... escucha y verás como te equivocas.

Con seis bicicletas unidas de dos en dos, formamos una especie de carromato; le

las máquinas y continuábamos nuestras excursiones. Después de haber recorrido con buen éxito muchos pueblos, llegamos á una ciudad populosa y riquísima y allí fué el colmo. Todo el mundo, sin distinción de sexos y edades, se disputaba la preferencia para aprender á montar. Allí las despachamos todas. Era tal el entusiasmo, que hasta las criadas iban á la compra en bicicleta.

— ¡Qué sueño más original!

— Nuestro capital aumentó de una manera fabulosa.

— ¡Yo lo creo!

— En el corto tiempo que llevábamos allí, ganamos de tal modo las simpatías de aque-

Capricho



llos habitantes, que constantemente nos llenaban de obsequios y nos guardaban todo género de atenciones. A mí me nombraron Gobernador de la provincia por unanimidad de votos; tu mamá era presidenta de todas las sociedades de la aristocracia; tus hermanas se casaron con jóvenes riquísimos y nobles...

— ¿Cómo es eso, mis hermanas se casaron? ¿y yo nó?

— Verás, aquí entras tú, que es lo más interesante para tí.

— Papá, no me asustes ¿Qué sucedió?

— Tú te habías enamorado del joven más gallardo de la ciudad. ¡Guapo chico! simpático por todos conceptos, teniente de ejército; pero yo como buscaba títulos, me opuse á vuestros amoríos.

— ¡Qué crueldad, papá! ¿y no me casé?

— Apesar de mi oposición y favorecidos por tu mamá continuaban las relaciones.

— La mamá era más caritativa...

— Una mañana salisteis mamá y tú de casa muy tempranito, y convenidas con tu

Antes de empezar la obra

novio, fuisteis los tres á misa primera.

— ¿Y qué?

— ¿Qué? que en el momento en que el cura iba á echar la bendición, os postrasteis á sus pies pidiéndole que os casara.

— ¿Y nos casó?

— Un amigo mío, me avisó á tiempo, yo monté en bicicleta, y veloz como el pensamiento, me dirigí al templo.

— ¿Papá y llegastes á tiempo para impedir?...

— Lo ignoro, hija mía; pues en el mismo momento en que entraba en la iglesia, me has despertado.

— ¡Que lástima!

LUÍS VILLANUEVA.

Cuento

Una vez un andaluz defendía con calor que no existía en la nuestra, ni en ninguna otra nación un pueblo mayor que Málaga. Pero después que acabó de referir las grandezas mil de aquella población, al andaluz acercóse un sujeto y exclamó:

— No estoy conforme con eso: mi pueblo es mucho mayor y hasta el nombre lo delata.
— ¿Más grande?

— Pruebas le doy.

— ¿Puez de qué pueblo ez uzté? el andaluz preguntó;

y el otro respondió al punto:

— Pues yo soy de *Malagón*.

A. SÁNCHEZ CARRERE.

De donde viene el mal

Un ermitaño vivió en el bosque sin miedo á las alimañas. El ermitaño y las alimañas charlaban juntos y se comprendían.

Una vez se había echado el ermitaño debajo de un árbol; allí se reunieron también para pasar la noche un grajo, un palomo, un ciervo y una serpiente. Estos animales se pusieron á discutir acerca del origen del mal en el mundo.

El grajo decía :

— El mal viene del hambre. Cuando tienes hambre y comes, empingorotado en una rama y graznando, todo parece risueño, bueno y regocijado; pero quédate nada más que dos días en ayunas, y ya no tendrás ánimo para mirar la naturaleza; te sientes agitado, no puedes permanecer quieto en un sitio, no tienes un instante de sosiego; que se presente á tu vista un pedazo de carne, y aún algo peor, y te echas encima sin reflexionar. Ya pueden darte estacazos, tirarte piedras; ya pueden ladrarte perros y lobos... no sueltas la tajada. ¡A cuantos de nosotros les ha puesto así el hambre! Todo el mal viene del hambre.

El palomo decía :

— Para mí, no es del hambre de donde viene el mal; todo el mal viene del amor.

Si viviésemos aislados no tendríamos tanto que sufrir, ó por lo menos sufriríamos solos; al paso que vivimos en parejas y amas tanto á tu compañera, que ya no tienes reposo, no piensas más que en ella. ¿Ha comido? ¿Está bastante abrigada? Y en cuanto se aleja uno un poco de su amiga, entonces se siente perdido enteramente; no le deja sosegar la idea de que se la ha llevado un azor, ó que los hombres la han cogido. Y se echa en su busca y cae también en el lazo, ya en las garras de un gavián, ya en las mallas de una red. Y si tu compañera se ha perdido, ya no comes, ya no bebes, ya no haces más que buscar y llorar. ¡Cuántos mueren así entre nosotros! Todo el mal viene, no del hambre, sino del amor.

La serpiente decía :

— Nó; el mal no viene del hambre, ni del amor, sino de la perversidad. Si viviésemos tranquilos; si no anduviésemos buscándole tres pies al gato, entonces todo iría bien. Al paso que si se hace una cosa contra tu antojo te arrebatas y todo te ofusca; no piensas más que en descargar tu cólera contra alguien y entonces, como loco, no haces más que silbar y retorcerte, y tratar de morder á alguno. Y no tienes piedad de nadie, morderías á tu padre y á tu madre; te comerías á tí mismo, y tu furor acabaría por perderte. Todo mal viene de la perversidad.

El ciervo decía :

— Nó; de la perversidad, ni del amor, ni del hambre no viene todo el mal, sino del miedo. Si pudiera no tenerse miedo, todo iría bien. Nuestros pies son veloces para la carrera y nuestro cuerpo es vigoroso. Podemos defendernos á cornadas de un animal pequeño, de uno grande podemos huir, pero no se puede dejar de tener miedo. Que chasquee una rama en la selva, que se mueva una hoja, y de pronto tiemblas de terror; te empieza á latir el corazón como si te fuese á saltar como una flecha.

Otras veces es una liebre que pasa, un pájaro que agita las alas, ó una brizna que cae, si no te ves perseguido por una fiera y corres hacia el peligro.

Ahora, por evitar un perro, caes sobre un cazador; ahora, lleno de miedo, corres sin saber á dónde, das un brinco y ruedas por un despeñadero, donde encuentras la muerte. No duermes sino con un ojo cerrado y el otro abierto, siempre alerta, siempre despavorido; nunca en paz. Todo viene del miedo.

Entonces el ermitaño dice :

— No es del hambre, ni del amor, ni de la perversidad, ni del miedo de donde proceden todas nuestras desventuras. De nuestra propia naturaleza es de donde viene el mal, puesto que ella es quien engendra el hambre y el amor, la perversidad y el miedo.

CONDE LEÓN TOLSTOI.





- Yo, francamente, le diría que soy casada.
- Ya se lo he confesado, pero me ha respondido frotándose las manos: ¡mejor!



La despedida

La última aventura de D. Juan

Antoñico Luna pasaba, á los ojos de los jóvenes pervertidos é inexpertos, por un calaverón.

Un calaverón con suerte, con mucha suerte, temible para los pobres maridos y amenaza constante para los padres que tenían muchachas casaderas.

¿Poner él cerco á una dama y no rendirla? Eso no había ocurrido nunca... Y lo que era peor: no ocurriría (según afirmaba el Tenorio) jamás; en cuanto él sintiese que flaqueaba su naturaleza, luego que apuntase en su historia el primer desengaño, apelaría al suicidio.

Saber morir era saber retirarse á tiempo, caer con dignidad, antes de que el desdoro de su fama le atrajese el desprecio y el olvido de su generación.

Demasiado sabía que su gloria no podía ser impecedera; pero le bastaba con que los viejos contasen á los jóvenes sus maravillosas aventuras.

Y la verdad es que se narraban anécdotas picarescas, muy subidas de color, pero de lances muy chistosos. Siempre resultaba en ellas mal parada la virtud de la mujer y burlado el pariente, hasta tal punto, que aun en los casos más comprometidos hallaba medio de salvar su situación, dejando al otro con un palmo de narices. ¿Quedar él con las manos cogidas en las puertas? Eso no ocurre más que á los tontos de capirote; sobrabanle recursos y expedientes á Luna para salir bien de sus empresas, y si es cierto que se



Confidencialmente

vió varias veces enredado en desafíos y á pique de ir al terreno, fué porque él mismo provocaba las cuestiones, (confiando en la destreza de los padrinos, naturalmente).

En el círculo llamábanle D. Juan.

* * *

Pero he aquí, señores, que siempre hay una cuchillada para el maestro, como luego se dice.

D. Juan desapareció de pronto, y lo primero que se nos ocurrió fué pasar revista á todos los nombres de damas que conocíamos, para ver si se trataba de una fuga. Alguien pensó si habría llegado el caso de la derrota, y por tanto, si el galanteador podía haber cumplido su palabra matándose.

— Están ustedes en un error — exclamó Pepe Cortés con sonrisa maliciosa. — Don Juan no se ha ido con nadie, ni se irá en todos los días de su vida. D. Juan no es más que un solemne majadero que les tuvo á ustedes embaucados con sus embustes, á pesar de mis advertencias.

Cortés era un médico muy simpático, un joven muy serio, á quien irritaba, efectivamente, el descaro con que D. Juan hablaba de sus conquistas.

— Puedo contarles la última aventura de D. Juan, y digo la última, porque mucho me engañaré si cae en otra, y tengan ustedes entendido que le vencieron á la primera de cambio; ese estúpido no había rendido jamás otra virtud que la suya, quebrantada por los infames atrevimientos de la lengua.

Pero voy al lance, que tiene mucho de chistoso, sí, pero también mucho de vulgar. D. Juan quiso ver, sin duda, si todas aquellas saladas historias que había ido forjando con todas las artes del bellaco, tendrían el mismo éxito en la realidad. Y fué y enamoró y puso cerco á una pobre muchacha de los barrios bajos, casada con un infeliz. Calculó D. Juan que, para lanzarse, no convenían complicaciones ni peligros. Yo no sé si venció, pero sé que una tarde entró en la casa y que estando en ella aun cuando obscurecía, vino á ocurrirle lo peor de todo: que se presentó el marido de la joven cuando menos se pensaba en él, y que D. Juan tuvo que meterse en una especie de despensa, habitación sin luz, menguadisima y á propósito para los duros tormentos que ha de sufrir un hombre cuando no puede hacer el más imperceptible movimiento que le delate y está con el ansia de que se le descubra.

D. Juan pasó dos horas mortales de pie, consumido por la impaciencia y muerto á la postre de cansancio, de sed y de angustia. El marido no se iba; había cenado; había charlado por los codos, y trazas llevaba de pasarse la noche entera en el comedor. Don Juan se ahogaba en su oscuro encierro, y tanto le apretó el deseo de humedecer la boca, que por fin se aventuró á buscar por todos los rincones, aun á trueque de hacer ruido y de que el diablo tirase de la manta.

A tientas, palpando en las paredes, moviéndose con mucho cuidado y recelo, sus manos dieron con una vasija. D. Juan paladeó un sorbo de su contenido, y hallándole algo dulce y con cierto gustillo que podía confundirse con el del aguardiente puesto en yerbas, imaginándolo tal, dióse á beber repetidas veces para apagar aquel ardor horrible que sentía en la garganta.

Cuando se marchó el otro y pudo abandonar su encierro dijo á su querida, ó lo que fuese:

— Ay, chica, he pasado un rato horrible, con una sed que yo creía que ibas á encontrarme muerto; por fortuna, buscando, buscando, tropecé con el aguardiente que tienes ahí, y si tarda un poco más en irse tu marido, no dejo un sorbo para memoria.

Oír esto la joven y llevarse las manos á la cabeza, llena de espanto, todo fué uno.

— ¿Qué has hecho? ¡Te has bebido á mi niño!

— ¡Cómo á tu niño!

— Sí, hombre, un feto que guardaba en alcohol.

Por eso D. Juan, cuando bebía, tropezaba con un cuerpo extraño; el fin de la aventura es algo menos cómico, señores. D. Juan está en cama luchando con la muerte, y ayer fuí llamado á consulta. El asco y el miedo han herido para siempre aquella naturaleza, y por eso digo que no volverá á meterse en libros de caballería.

El médico terminó sentenciosamente:

— Desconfíen ustedes de todos los galanteadores de oficio. El papel de D. Juan es un papel de canalla.

José SELMA ORTIZ.



¡ Maldito barro !



Cuento

Diz que hace ya años prolijos,
 había en cierto lugar
 un tío Martín Vagar,
 con una hija y nueve hijos.
 Sentado entre todos ellos,
 se quejaba cierto día
 de que no le permitía
 su miseria mantenellos.
 El cura en esta ocasión
 por el diezmo acertó á entrar,
 y el bueno Martín Vagar
 dijo con resolución:
 — « Entrad, señor cura, á ver
 los réditos, aunque extraños,
 que cobro todos los años
 del censo de mi mujer.
 Diez he llegado á juntar;
 y pues ellos son mis rentas,
 ó yo no entiendo de cuentas,
 ó en uno os toca diezmar. » —

Al buen pastor le agradó,
 y dijo apartando la hija:
 — « Cuide de esos, no se aflija;
 porque á ésta la diezmo yo. » —

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS



D. Ramón de Mesonero Romanos

Una comedia en tres actos

ACTO SEGUNDO

Salón. Mueblaje severo. Color obscuro. Entornadas las puertas de los balcones. El ambiente es tibio y la penumbra que reina allí da á todas las cosas un aspecto de beatitud, delicioso. El piso, de baldosa fina, reluce como si fuese cristal. Al presentarse Camila, Pedro Avanto se pone de pie y saluda discretamente, sin afectación.

CAMILA. — Caballero...

PEDRO. — Señora... dirá usted que cometo pecado de descortesía, presentándome así... de un modo intempestivo... Perdóname... La urgencia del caso...

CAMILA (*sonriendo amablemente*). — Tome usted asiento. No necesita usted presentación. (*Se sienta en el sofá*).

PEDRO (*sentándose en uno de los sillones*). — ¿Cómo, me conoce usted?

CAMILA (*ingenuamente*). — ¿No había yo de conocer á uno de los mejores amigos de... Julio César?

PEDRO (*desconcertado*). — ¿Julio César?

CAMILA. — Le llamo yo de ese modo por un capricho pueril. Para usted es Enrique Gonzalón.

PEDRO (*más desconcertado aún*). — ¡ Ah, Enrique...! Sí, Enrique es mi amigo, un artista... notable, señora, genial, rico en ilusiones... y un poquillo... usted dispense, un poquillo aficionado á las aventuras galantes.

CAMILA. — Presumo que sí, y además, cuando usted lo dice... usted debe de cono-



Deleitándose



cer sus secretos. Entre los hombres siempre se establece cierta intimidad... que francamente, no llega hasta nosotras, aunque se nos adore mucho.

PEDRO. — Nó, yo no aseguro que Enrique sea malo.

CAMILA. — Malo nó, pero ¡pillo...! Vaya, como todos ustedes, que son buenos para asados á la parrilla.

PEDRO. — Puedo jurarle á usted, señora, que yo en ese punto soy muy formal. Es verdad que no tengo, como Enrique, tantos motivos de tentación. El taller es un abismo; allí está constantemente en juego el demonio.

CAMILA. — Con faldas.

PEDRO. — Señora, no tanto; yo hablo del espíritu del Mal, y conste que no acuso á Enrique; usted sabe que no todas las conciencias están fortalecidas para resistir al Enemigo.

CAMILA. — Nó, no le defienda; precisamente acabo de comprobar sus infamias. (*Con mucho fuego*). Es un sin vergüenza... el más vil de los hombres; le amaba yo, entrañablemente, pero ahora le odio... ¡Quisiera poder clavar mis uñas en su carne, y transmitirle un veneno, que sin matarlo, le volviera idiota, sér estúpido, á quien aniquilara lentamente el gusanillo de la lujuria; quisiera... destruir todo lo que hay de noble en su entendimiento,

¡ Pobre chica,
la que tiene que servir !

dejándole reducido á la asquerosa condición de la bestia, del bruto.

PEDRO. — Tranquilícese usted; los celos son malos, malos; quizás no hay motivo...

CAMILA. — ¿ Que nó? Figúrese que entro en su taller, y desde la puerta oigo palabras amorosas y rumor de besos tiernísimos; que adelanto sin respirar casi, apretándome el pecho para que no estalle el corazón en ira, y descubro á Enrique detrás del biombo abrazando locamente á otra mujer...

PEDRO. — La escena habrá sido terrible.

CAMILA. — Nó. ¡ Sentí tal sensación de asco! Tuve tiempo para serenarme, para recoger los vuelos de mi dignidad ofendida; no quise que él me comparara á las verduleras, y me vine apresuradamente á meditar mi venganza... Pero usted perdone, le estoy entreteniendo con chismes que nada le importan y sin darle ocasión de que me explique á qué debo su visita.

PEDRO. — La oigo con gusto, señora; desde que usted entró me tiene encantado;

es usted muy bella; me enamora la confianza que deposita en mí...

CAMILA.—Es que...que no he podido desahogar mi pena ¡siento un ansia tan grande de consuelo! Estoy sola, sola en el mundo. Yo no puedo perdonar á Gonzalón. (*Apoya el rostro en sus manos como si llorara*).

PEDRO.— ¡Y qué misteriosas coincidencias hay en la vida! ¡Cómo se atraen las almas tristes! Yo puedo endulzar la amargura de su espíritu.

CAMILA (*levantando el rostro, mojado en lágrimas*). — ¿Usted?

PEDRO.— Yo, sí; yo que comprendo la rabia de su ánimo; yo que he sentido un dolor igual, y como usted, sueño con vengarme. (*Poniéndose de pie y paseando nerviosamente*). ¿Diga usted, señora, era rubia esa dama que usted ha visto en los brazos de Gonzalón?

CAMILA.— Rubia, eso es; muy mona; algo bajita; ojos negros, rasgados...

PEDRO (*interrumpiendo*).— No siga usted, es ella... ¿y no ha venido aquí á esta casa, hace un momento? Por aquí, á lo lejos, se me perdió de vista.

CAMILA.— ¿Usted salió poco después que una dama del taller de Gonzalón?

PEDRO.— Sí, yo mismo.

CAMILA.— Pues la perseguida era yo.

PEDRO (*receloso*). — ¿Usted?

CAMILA.— Yo, le digo; por cierto que en mi estado de ánimo la persecución me violentó mucho. (*Con fina ironía*). ¡Pero hombre! ¿á quién se le ocurre? Bien dicen que los ojos ciegan. ¡Salir en pos de un fantasma, para dejar á su amiga en brazos del amante!

PEDRO (*parándose delante de Camila y cruzándose de brazos*). ¡Si hablé con Enrique!

CAMILA.— Y le echaría á usted.

PEDRO (*irritado*). ¡Claro, fuí un animal! me despedí yo mismo, queriendo alcanzarla á usted. A Gonzalón le ví confuso; me pareció que los pasos de la que escapaba eran para mí hasta conocidos; una sospecha cruel alborotó todos mis nervios, y en la calle, ya loco, siguiéndola desde muy lejos...

CAMILA (*riendo*). ¡Creyó usted que era yo... la otra!

PEDRO (*con furia apretando los puños*). Usted perdone... Vuelvo allá, á casa de Gonzalón... Aún estarán... Sí, estarán riéndose de mí, llamándome estúpido.

CAMILA.— Aguárdese y seréne. Se me ocurre una idea. Iremos los dos juntos. Ahora se sienta usted, mientras yo me visto. Hace usted un esfuerzo; sujeta á su corazón; llama á capítulo á la dignidad, y con calma, con mucha calma... no hacemos ningún disparate.

PEDRO.— ¿Pero nos vengaremos?

CAMILA (*en pie y dándole la mano que estrecha Pedro efusivamente*). — Nos vengaremos.

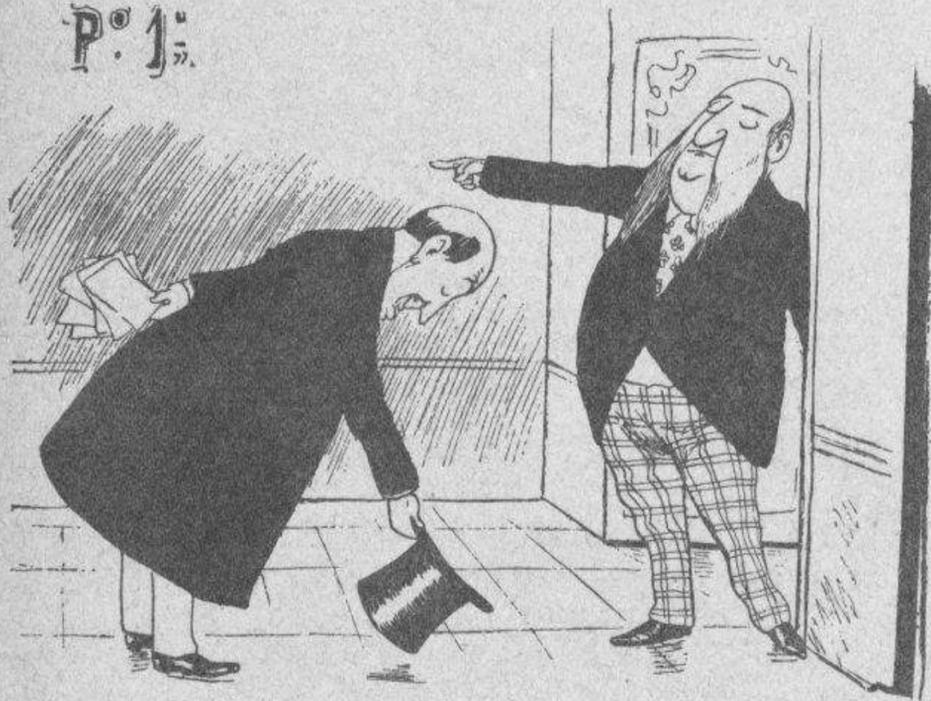
(*Pedro se sienta en el sofá; Camila sale, y sonriendo, medio oculta por el portier, grita antes de perderse en la sombra*). — La venganza será... como de Dioses.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

J. F. LUJÁN.

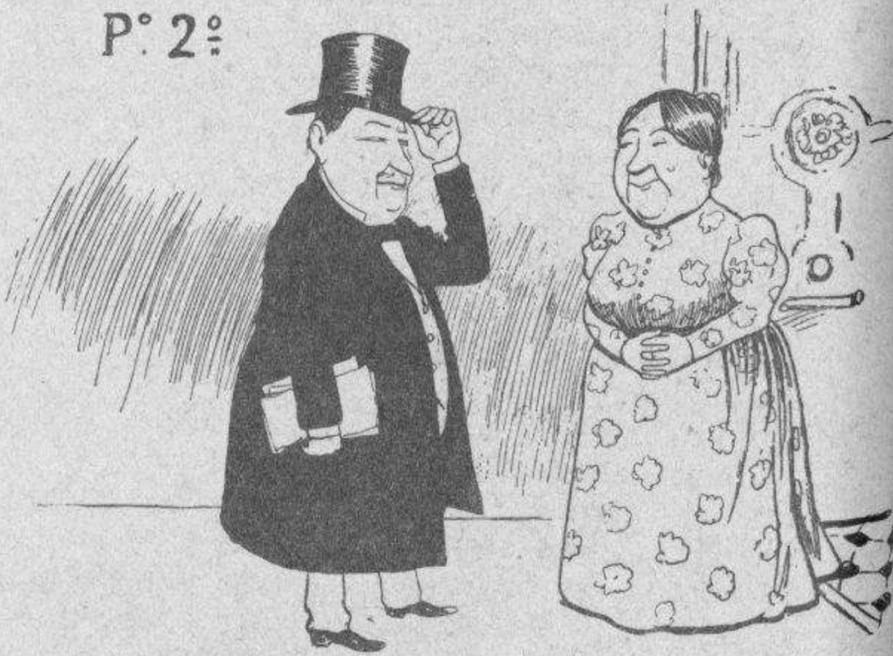
LOS CASEROS, POR XAUDARÓ

P.º 1.º



— Venía á ver...
— Ya se le avisará. Ahora no me viene bien pagarle esos recibos... Estoy muy ocupado.

P.º 2.º



— Señora, le agradeceré en el alma que me pague lo que pueda... ya vé usted... ¡cinco meses de alquiler atrasado!
— Bueno, pase usted por aquí la semana que viene.

mi disculpa

Decís que estáis enfadada
Elisa, porque el secreto
de vuestra dulce mirada
descubrir quise indiscreto.

Me habéis movido á quebranto
con vuestra queja enojosa;
¡ si no fuérais tan hermosa!
¡ y si no os quisiera tanto!

¿ Cómo holgárais con razón
de que me ponga á trovar?
Sin que el viento dé ocasión
no rueda en su lecho el mar.

Así quiero linda dama
probaros por esta vez,
que está avivando la llama
de mi amor vuestra altivez

En un carnaval os ví,
y á través del antifaz,
que era de un ángel la faz
con turbación descubrí.

Y quedóme el alma inquieta,
pues sentí, niña adorada,
á través de la careta
cómo ardía la mirada.

El fuego al punto prendió
y en ascua vive encendido;
al punto me dí á partido
sin veros la cara yo.

La sangre ardiente quemaba
con alboroto en las venas;

(Cupido buscó en su aljaba
flechas de veneno llenas).

Y á tal punto me llevó
aquel loco desvarío,
que mi sér ya no era mío,
porque otro sér le ganó.

Contemplar quise la cara
y fué inútil mi desvelo:
que no sube el alma avara
cuando lo desea, al cielo.

Vos mis deseos burlásteis
dejándome en mis enojos
preso de unos grandes ojos,
que á mi desvarío hurtásteis.

Mas no pudísteis llevar
junto con el cuerpo airoso,
aquel ardiente mirar
que turbaba mi reposo.

Os buscó el alma afanada,
y un día que os descubrió,
al calor de la mirada
nuevamente se fundió.

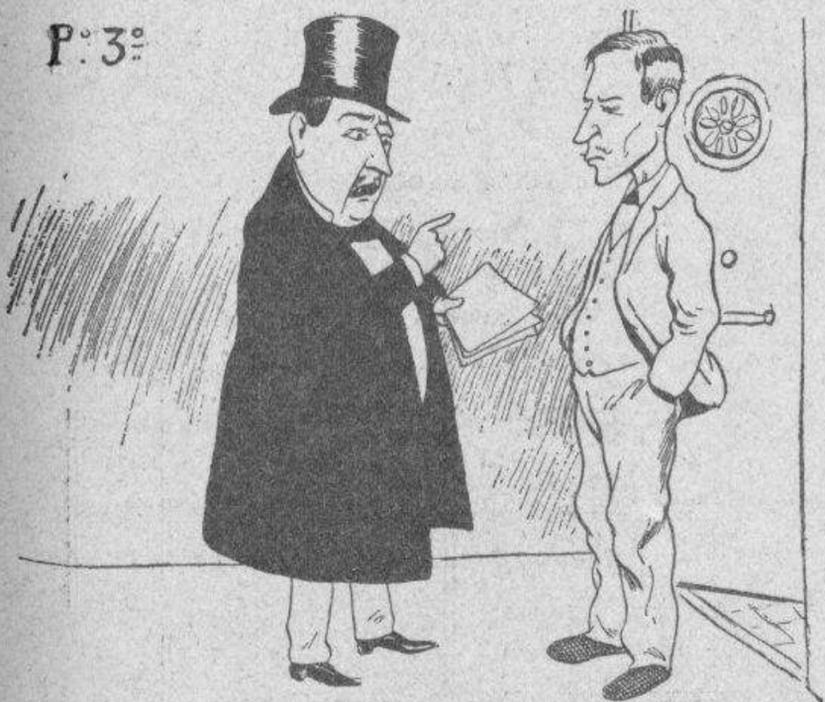
Y entonces dije « sois mía, »
y ese es todo mi delito:
la mirada fuera fría
y no me viérais, contrito,

venir á daros razón;
y mirad que vuestro enfado
no ha extinguido, que ha aumentado
el fuego del corazón.

JORGE RICO.

LOS CASEROS, POR XAUDARÓ

P. 3º



— Le advierto á usted que voy á proceder al deshau-
cio, si no me paga estos tres meses... ¡ No quiero dis-
culpas!

P. 4º



— ¡ Diez campanillazos y nadie contesta! ¡ Deben
dos meses de alquiler!



Por un error que no nos fué posible subsanar en todo el tiraje, apareció el número de la semana última con el nombre del mes equivocado.

Es asunto de poca monta, naturalmente, y claro que nuestros lectores enmendarian sin más recomendación

yerro, pero como me gustan todas las cosas en su lugar, lo advierto al público.

Conste, pues, que el núm. 380 corresponde al 3 de Marzo del corriente año; que Dios quiera que sea verdaderamente año de gracia.

Un inglés y un americano hablaban un día en un café de Nueva York, de caza, y el americano, que se preciaba de ser un gran tirador, y que no era más que un gran embustero, decía muy formal que en una cacería había muerto él sólo 999 becadas.

— ¡ Hombre! ¿ no llegó usted á las 1,000?

— No, señor; y no había de mentir por una triste becada.

Conoció el inglés que el americano se guaseaba, y para volverle las tornas, contó al cabo de un rato otra por el estilo:

— Sepa usted, decía, que he visto la apuesta de uno que fué nadando desde Liverpool á Boston.

El americano se quedó parado, pero conoció el juego.

— ¿ Usted le vió? — dijo.

— Sí, señor, porque casualmente llegaba yo á Boston, á tiempo que el nadador entraba en la rada, y pasó junto á nuestro *steamer*.

— Me alegro que lo viera usted, — dijo prontamente el americano; así servirá usted de testigo presencial de que gané la apuesta, porque el nadador era yo.

Echenle ustedes guindas al embustero.

— ¿ Cuántas glorias existen? — Siendo niño me preguntaba en clase el profesor;

y yo, inocente entonces, respondía:

— Una no más, donde reside Dios...

Hoy, que amo á una mujer con toda el alma, comprendo que he vivido en un error, y al pensar en sus gracias, me convido de que en vez de una gloria existen dos.

FRANCISCO MORENO.

— ¿ Con que va usted á poner una escuela? — decía un joven á una tía suya; pues le aseguro á usted que antes de meterme á enseñar chiquillos, preferiría casarme con un viudo que tuviera nueve hijos.

— Yo también, — repuso la tía, — pero ¿ dónde está ese viudo?

— La furia del diablo — dice Tertuliano — es menos temible que la de la mujer; porque el diablo

está solo, y á la mujer le ayuda el espíritu maligno. ¡ Qué relambido era Tertuliano!

Nombraron á un individuo de la orden de Caballeros Veinticuatro de Jerez, inspector de las plazas y mercados de Sevilla.

En estos tiempos de revuelta y de combate, las pesas y medidas se imponen; hasta los títulos honoríficos, las regalías y prebendas se han visto sujetas á la inexorable ley del sistema métrico decimal.

Así, aquel hijodalgo *reducido*, que en otra época habría muerto en un rincón antes que sujetarse á la dura pesadumbre de revistar los puestos de ajos y de coles, aceptó satisfechísimo el empleo que se le daba, reservándose el orgullo para la ocasión más propicia.

No tardó ésta en presentarse y se la trajo un vendedor de frutas, que había invadido, no sólo más terreno del que le tocaba, sino que interceptaba el paso á los transeuntes.

Notarlo el inspector y mandarle que retirase sus mercancías, todo fué uno.

— No quiero verlas aquí mañana — exclamó imperiosamente.

Pero al otro día encontró las cosas de igual manera, y entonces cerró enfurecido contra el labriego, que era un tipo socarrón hasta dejárselo de sobra, y que andaba dado á todos los demonios por las malas trazas de la venta.

Se entabló este diálogo:

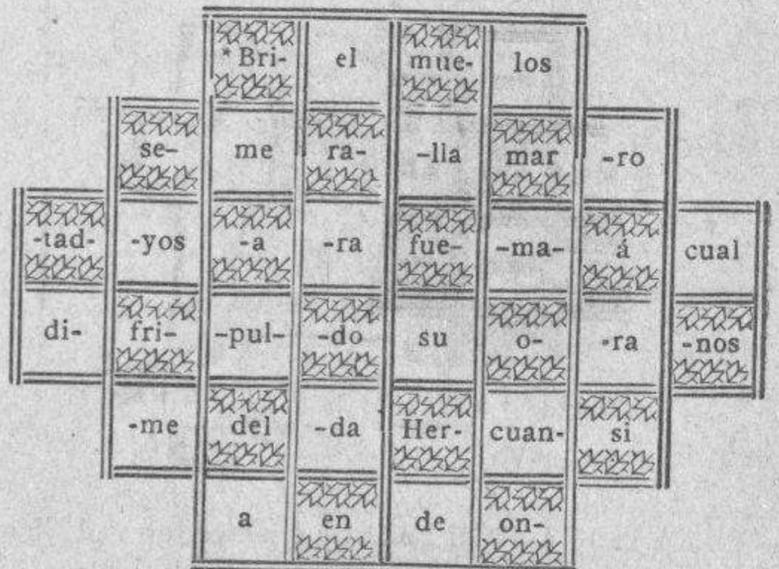
— Ya está usted recogiendo velas. Largo de aquí.

— ¿ Pero *pué saberse* quién es *osté*, *xeñor*, y qué *mimoridales* trae?

— Soy el inspector de Mercados, y además Caballero Veinticuatro de Jerez.

— ¡ Ay, qué gracia! *Pus yo xoy* el tío *treintauno* de Utrera: con que, ya *osté* vé que le aventajo en *xiete* puntos.

Salto de caballo



CANDILEJA.

AUTORES CÉLEBRES

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puertaferri) mediante una combinación con la empresa editora de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** ha puesto á la venta las obras por la misma publicadas á **VEINTE céntimos** cada volumen, cuyo precio fuerte era de **Una peseta**.

Las obras publicadas, á las que seguirán otras de reputados autores, son las siguientes:

Del Vizconde Ponson du Terrail.	La Viuda de Sologne	1 tomo
De Paul Feval.	La Daga misteriosa	1 tomo
De Idem	Los Fanfarrones del Rey	2 tomos
De E. Poé	Un crimen misterioso	1 tomo
De Alfonso Karr	Una historia terrible	2 tomos
De Ponson du Terrail	Odio de Raza	1 tomo
De Erckman Chatrian	La Posada de los tres ahorcados	1 tomo
De Ponson du Terrail	Novela de un Joven pobre	1 tomo

SE PUBLICARÁ AL MENOS UN TOMO MENSUAL

*** CUPON ***

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

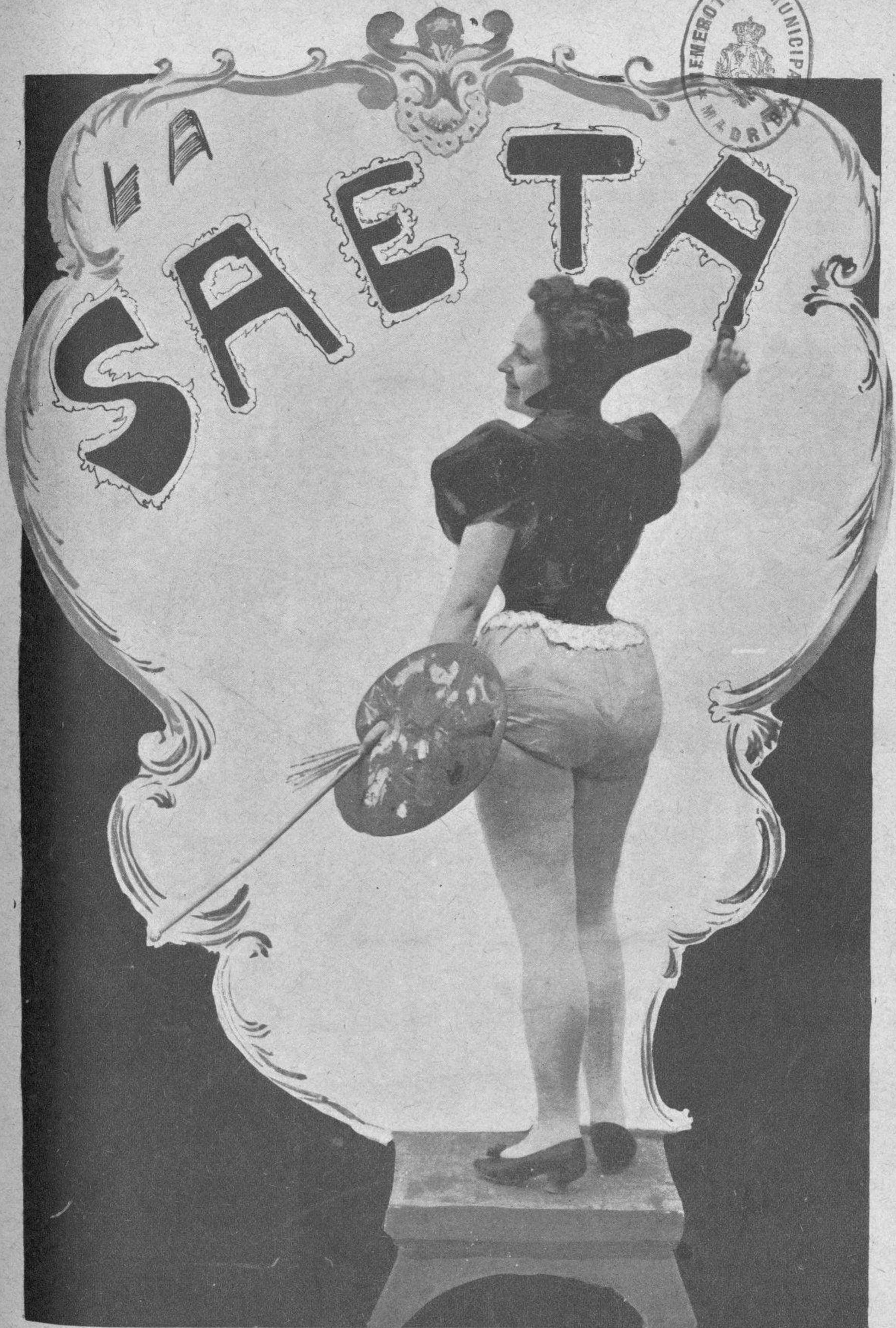
CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor. Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**

*** CUPON ***



20 cénts.

Núm. 382

